



Música para tigres

Music for tigers

D. R. © 2020 Michelle Kadarusman, originalmente publicado por Pajama Press, Toronto, Canadá.

D. R. © Educactiva S. A. S., 2023

D. R. © 2026, Santillana Educación México, S. A. de C.V.

Av. Río Mixcoac 274, piso 4, Col. Acacias

03240, México, Ciudad de México

Reservados todos los derechos conforme a la ley. El contenido y los diseños íntegros de este libro se encuentran protegidos por las Leyes de Propiedad Intelectual. La adquisición de esta obra autoriza únicamente su uso de forma particular y con carácter doméstico. Queda prohibida su reproducción, transformación, distribución y/o transmisión, ya sea de forma total o parcial, a través de cualquier forma y/o cualquier medio conocido o por conocer, con fines distintos al autorizado.

*El sello editorial “Norma” está licenciado por Carvajal S. A. de C. V.

Primera edición: febrero de 2026

Edición: Fanuel Hanán Díaz.

Traducción: Laura Andrade Quintero.

Corrección: Marco Cardona Giraldo.

Ilustraciones: Alejandra Vélez.

Fotografía: © Shutterstock

Diagramación: Blanca O. Villalba P. y Brayan Sánchez A.

Dirección de arte: Gloria Esperanza Vásquez.

Impreso en México — *Printed in Mexico*

ISBN: 978-607-585-319-2



Música para tigres

Michelle Kadarusman

Ilustraciones

Alejandra Vélez

Traducción

Laura Andrade Quintero

Norma

www.normainfantilyjuvenil.com/mx

Para Sofía

Contenido

1 Vivaldi y los <i>bunyips</i>	13
2 El campamento en medio de la nada	21
3 Las huellas del demonio.....	29
4 El tigre de Eleanor	41
5 La ley del bosque.....	49
6 El diario de Eleanor	
Parte uno.....	59
7 El diario de Eleanor	
Parte dos.....	77
8 El diario de Eleanor	
Parte tres.....	87
9 Viejas batallas.....	95
10 Adiós, Piggy	105
11 Perdida	117
12 Los primeros <i>bandicoots</i>	125
13 La encantadora de tigres.....	133

14 Un viaje al pueblo	141
15 El rescate de los demonios	153
16 Voces	163
17 Visitante en la cabaña.....	169
18 El tiempo se agota	177
19 Caminata en el bosque.....	185
20 Pieman	195
21 Concierto bajo la luz de la luna.....	205
22 El piano fantasma.....	217
23 Cicerón	223
24 La teoría del cisne negro.....	231
Epílogo	241
Agradecimientos	251



1

Vivaldi y los *bunyips*

El primer sonido que escucho en el bosque del fin del mundo es “La primavera” de *Las cuatro estaciones* de Vivaldi. Hay un movimiento en el concierto para violín destinado a imitar el sonido de los pájaros. Cuando me bajo del autobús en el matorral de Tarkine, es exactamente lo que escucho. Una orquesta de cantos de pájaros desciende como lluvia musical desde las copas de los árboles de Tasmania mientras me envuelve en un paisaje de imponentes eucaliptos verdeazulados.

“Escucha eso”, me digo mientras levanto el rostro hacia los eucaliptos ondeantes. Los árboles gigantes lucen exactamente como mi hermana Sophie me los describió, incluyendo su aroma a menta y pino.

Mi tío —sé que es mi tío porque es la única persona que está en la parada de autobús y mi mamá me dijo que estaría esperándome, también me advirtió

que me parecería “un poco extraño”—, saluda a la conductora del autobús con un gesto de su sombrero de ala ancha, levanta mi bolso de viaje y, con pisadas fuertes, avanza hacia lo que parece ser un sendero entre los árboles. Mi tío es alto y tiene una barba rojiza y frondosa, exactamente como en la foto que mi mamá me había mostrado.

—Vamos —me llama por encima de su hombro antes de desaparecer entre la densa vegetación.

Mi mamá no se había equivocado en cuanto a lo raro. Millie, la conductora del autobús, me hace un gesto con el pulgar hacia arriba, saluda con la mano y toca la bocina antes de continuar su camino por la angosta y sinuosa carretera de montaña. Millie me había escuchado pacientemente durante todo el trayecto desde Launceston. Había escuchado todo acerca de cómo mis padres pasarían el verano en los pantanos del sur de Ontario para que mi mamá pudiera estudiar un anfibio en peligro de extinción, el sapo de Fowler. También le conté cómo me enviaron aquí, al campamento de la familia de mi mamá en la remota selva tropical de Tasmania, y que, al parecer, el campamento pronto será demolido, por lo que esta es mi última oportunidad para tener “la experiencia de mi vida”. También le solté un montón de quejas sobre lo que realmente quiero

hacer este verano: practicar para tener un lugar en la orquesta juvenil de la Sinfónica de Toronto. Preferiblemente en la comodidad de mi propio hogar.

Millie asintió cortésmente durante todo el viaje de cuatro horas.

—Creo que les resulta difícil creer que no quiero ser científica como ellos —exclamé—. Lo creas o no, no quiero pasar mis días hasta las rodillas en agua pantanosa buscando sapos en peligro de extinción, como lo hace mi madre, o recorriendo el mundo mientras escribo sobre el medio ambiente, como mi padre, o hablando con los árboles, como mi hermana Sophie —suspiré—. Quiero ser violinista.

Millie era una excelente oyente. Aunque, ahora que lo pienso, ¿cuánto pudo escuchar con esos auriculares que llevaba puestos? De todos modos, era mucho más agradable que mi tío, a quien en este preciso momento tengo que alcanzar corriendo.

—¡Los pájaros! —grito en cuanto alcanzo a mi tío—. ¡Es “La Primavera” de Vivaldi!

El robusto cuerpo de mi tío sigue avanzando mientras yo miro a mi alrededor. Estamos en medio de la nada, rodeados solamente por altos eucaliptos y enormes helechos en el suelo. Agarro mi estuche de violín y me cuelgo la mochila al hombro. Me apresuro para seguirle el paso.

—¿Cuánto nos falta por caminar? —le pregunto, ya sin aliento.

Él gruñe y agita su mano en un gesto que supongo significa: “Sigue adelante”. Sin otra opción, lo sigo, manteniendo mis ojos pegados al camino de tierra. Leí todo acerca de las criaturas peligrosas de Australia en el avión desde Toronto. Prácticamente todo lo que se arrastra y se desliza aquí es venenoso y quiere matarte: arañas de lomo rojo, arañas de embudo, serpientes tigre, serpientes cabeza de cobre de las tierras bajas y serpientes de labio blanco. Estoy repasando la lista en mi cabeza cuando miro arriba y veo dos ojos negros que me miran fijamente.

Grito y me detengo en seco.

Los ojitos redondos pertenecen a un cuerpo que parece un roedor gigante con orejas de conejo y un largo hocico. Me está mirando desde encima del hombro de mi tío.

Vuelvo a gritar y él se da vuelta.

—Shhh. La estás asustando —me dice.

La criatura emite un chillido agudo y esconde su cabeza peluda en la axila de mi tío. Sin poderlo evitar, noto que aquel pelaje color marrón anaranjado es del mismo tono que la barba de mi tío.

—¿Qué... qué es eso? —pregunto—. ¿Es venenoso?

—¿Venenosos? —se ríe—. No lo creo. ¿Todos los canadienses son tan nerviosos?

—¿Todos los australianos son así de extraños?

—Supongo que no —responde. Da media vuelta y sigue caminando.

Increíble. Estoy en medio de la nada con un gigante barbudo y su compañero del mismo color.

—Bueno, gracias a mis padres que están obsesionados con la naturaleza —le hablo mientras me da la espalda—, estoy aquí caminando entre bichos espeluznantes... —me detengo para recuperar el aliento— en lugar de estar segura en casa, practicando para mi audición, como debería ser —me quito un trozo de corteza de árbol del cabello—. Sinceramente, pensé que los adultos eran los encargados de preocuparse por mantener a los niños a salvo, no al contrario.

—Hablas mucho —murmura desde más adelante.

Jadeamos del cansancio sin parar. Lo único que ahora veo de su compañero es un mechón de pelo blanco en la punta de la cola que le sobresale por debajo de su brazo. Mantengo mis oídos atentos, esperando escuchar a Vivaldi nuevamente, pero lo único que oigo es mi propia respiración agitada. ¿Cuántos kilómetros hemos caminado? Mi mochila empieza a sentirse como un peso muerto

y comienzo a sudar, a pesar de la temperatura fresca. El sudor atrae moscas. Un escuadrón volador de molestos insectos negros zumba alrededor de mi rostro y me ataca, revoloteando cerca de mis ojos y mi boca.

—¡Detente! —me doblo, tosiendo—. Creo que me tragué una —toso un poco más—. ¡Puaj!

Mi tío se detiene.

—No te preocupes —dice con su voz inexpressiva—. No te matará.

Me pongo de pie y tomo la cantimplora de agua que me entrega.

—¿Estás seguro? —le pregunto.

—Eso, en cambio —dice señalando con su mentón sobre mi hombro izquierdo—, sí podría hacerlo.

Giro rápidamente.

—¿Qué? ¿Dónde?

—¿No lo viste? —pregunta.

—¿Dónde? —continúo girando y escudriño frenéticamente la densa vegetación a mi alrededor—. ¿Qué es?

—Un *bunyip* —deja mi bolso de viaje en el suelo y se rasca la barba—. No tienen muy buena fama.

—¿Un *bunyip*? —no recuerdo haber leído acerca de *bunyips* en mi guía sobre criaturas peligrosas de Australia—. ¿Qué es un *bunyip*?

Mi tío asiente seriamente mientras me golpeo y me toco la cabeza, mis pantalones y mi sudadera para asegurarme de que no haya nada reptando sobre mí.

—¿Es una especie de araña? —pregunto—. ¡Quítamelo de encima!

—¿No has oído hablar del famoso *bunyip* australiano? —pregunta con una sonrisa—. Tiene pelo y plumas, una cola, garras y un pico. Salta como un canguro y se ríe como un cucaburra antes de tragarte de un solo bocado, como un gran tiburón blanco.

Dejo de dar vueltas y de golpearme.

—Ah, ya entiendo. Estás bromeando —suspiro—. Muy gracioso.

Mi tío suelta una carcajada que sale de lo más profundo de su barriga, pareciera que se ríe con todo el cuerpo.

—Siempre funciona —exclama, dándose un golpe en el muslo.

—¡Dios mío! Va a ser un verano largo.

—Niña, aquí no es verano —añade—. Ahora estás en el hemisferio sur. Es invierno.

—Qué suerte la mía —respondo.

—Mira el lado positivo —me dice mientras acaricia la bola de pelo que ahora está acurrucada en el

pliegue de su brazo—. Me tienes a mí, a mis excelentes chistes y a Piggy para hacerte compañía.

—¿Ese es su nombre? —observo cómo la criatura exhala con su largo hocico y hace ruidos mientras trata de olfatear hacia mi dirección—. ¿Qué tipo de animal es?

—Piggy es una hembra —anuncia, sin responder a mi pregunta. Toma de vuelta la cantimplora y vuelve a levantar mi bolsa, colgándola sobre su hombro—. Vamos. No falta mucho.

Seguimos caminando, pero a un ritmo más lento. Después de unos minutos escucho de nuevo el canto de pájaros de Vivaldi.

—¿Escuchas eso? —me detengo para escuchar—. Finalmente entiendo cómo se supone que debe sonar el movimiento de “La Primavera” de Vivaldi. Es tan hermoso.

—Son sólo los *currawong*¹ —me explica mirando hacia la copa de los árboles antes de dar otro paso—. Vamos, niña, más te vale moverte antes de que ese *bunyip* te atrape.

Sospecho que uno de los tantos rasgos extraños de su personalidad es que mi tío es sordo para la música.

¹ *Strepera graculina*. También llamados verdugo pío. Su nombre vulgar en inglés proviene de la onomatopeya con la que se representa su canto.



2

El campamento en medio de la nada

Finalmente llegamos al final del sendero.

—¡Bienvenida al paraíso!

Mi tío levanta los brazos hacia el cielo mientras caminamos en dirección a un descampado polvoriento al final del camino de tierra. Piggy se aferra a su hombro, temblando. Varias cabañas pequeñas y deterioradas se agrupan en semicírculo frente a un amplio río. Observo el campamento. Puedo entender por qué va a ser demolido: la mayoría de las construcciones ya se ven casi en ruinas. Desde luego, no parece para nada un paraíso.

Veo un *jeep* cubierto de lodo estacionado al final de un camino de tierra.

—Espera. ¿Entonces podríamos haber venido en carro? —pregunto.

—Por supuesto —responde mi tío—. ¿Cómo crees que llego al bar?

Lo miro fijamente mientras parpadeo y espanto las moscas que no dejan de zumbear alrededor de mi cara.

—Lo siento —aclara su garganta—. Debí presentarme adecuadamente en la parada de autobús. Sólo que Piggy es tímida con los desconocidos y no le gusta viajar en el carro, así que...

—Así que caminamos —digo.

—Así que caminamos —repite él—. Hacemos muchas caminatas por aquí. Soy tu tío Rufus —extiende la mano—. Tío Ruff, para abreviar. O simplemente llámame Ruff, como me dicen los demás. Encantado de conocerte.

—Soy Louisa —su gran mano es callosa aunque también cálida—. Todos me llaman Lou, pero prefiero Louisa.

—Entendido —responde él.

Observo el campamento. El canto de los pájaros del bosque y el rumor del río son drásticamente diferentes del ruido de la ciudad y el tráfico donde vivo, en el centro de Toronto.

—Además, tu mamá dijo que necesitas un poco de aire fresco y ejercicio —dice el tío Ruff mientras empieza a caminar hacia una de las construcciones.

—Eso suena como algo que diría mi mamá, sin duda —digo, siguiéndolo.

—Vamos, voy a acomodar a Piggy y luego te mostraré dónde vas a quedarte.

Subimos por unas escaleras que crujen hasta una pequeña cabaña de madera maltratada por el clima, y luego pasamos a través de una puerta de malla que chirrea fuertemente al abrirse antes de cerrarse de golpe nuevamente. Observo el pórtico cerrado con malla; hay una vieja silla en una esquina rodeada de latas de cerveza vacías en el suelo. El lugar huele a humedad y humo. Una radio de transistores descansa en el borde de la ventana.

Al otro extremo del pórtico hay un corral improvisado para animales. El tío Ruff pone a Piggy suavemente dentro y ella se esconde bajo una rama. El corral está lleno de cortezas, hojas y ramas de eucalipto.

—¿Ella es una mascota? —pregunto.

—Sí y no. Digamos que sí. Ella es una *bandicoot* de pies de cerdo. Son, mmm... —tose—, raras. Y es vieja. Y está enferma. El corral la mantiene a salvo de los depredadores —revisa el cuenco de agua antes de recoger las latas de cerveza vacías. Me mira y me guiña un ojo—. La empleada doméstica no apareció esta mañana.

—Déjame adivinar... —lo sigo dentro de la cabaña—. Fue devorada por un *bunyip*.

El tío Ruff se ríe mientras pone las latas en el bote de basura.

—Niña, tal vez sí estemos emparentados, después de todo.

Me doy cuenta de que detrás de su barba, la sonrisa de Ruff es igual a la de mi mamá. Mi tío llena una estufa de leña con pequeños troncos redondos. La cabaña es acogedora, con paredes de madera y una vieja alfombra persa en el suelo. La habitación principal tiene una pequeña cocina. Veo una puerta al final de ese lugar y supongo que lleva al dormitorio del tío Ruff.

—Mi mamá dijo que el campamento será demolido pronto —comento.

—Sí. Todo en nombre del *progreso* —comenta en tono burlón—. Lo van a demoler todo —continúa, más seriamente— para construir una carretera de acceso y un puente sobre el río. Todo por las minas locales de estaño y hierro.

Veo que hay una computadora portátil en la mesa de la cocina.

—¿Puedo conectarme a internet? Quiero avisarles a mis papás que ya estoy aquí.

—Lamentablemente, no. No hay internet aquí —responde mientras sigue poniendo troncos en la estufa—. Pero podemos ir al Eco Lodge, que está al lado. Su conexión funciona bastante bien la mayor parte del tiempo.

Reviso mi reloj. Es medianoche en casa y ni siquiera estoy segura de que mamá y papá tengan señal de celular donde están en los pantanos del sur de Ontario. Me muerdo el labio preguntándome qué hacer. Sé que mis padres estarán preocupados. He estado viajando durante más de veinticuatro horas.

—No te preocupes, Lou. Hablé con tu mamá cuando aterrizaste en Launceston y te subiste al autobús —se levanta y se toca la nariz—. Tengo mis informantes.

—Es Louisa —le recuerdo—. ¿En serio lo hiciste? Gracias.

—¿Tienes hambre? —el tío Ruff abre y cierra los gabinetes en busca de comida.

—Muero de hambre. La comida en el avión no era muy buena.

Sacudo el polvo de un taburete y me siento con cuidado en el mostrador de la pequeña cocina. El tío Ruff ha ido hasta el refrigerador y está parado

con la puerta abierta, sacudiendo la cabeza. Finalmente, cierra la puerta y observa el último gabinete sin abrir.

—¡Ajá! —exclama victorioso sosteniendo un paquete sobre su cabeza—. Prepárate para la mejor sopa instantánea que hayas probado en tu vida.

Después de comer un tazón de sopa insípida, el tío Ruff me guía a mi cabaña. Es más pequeña que la suya y no tiene un pórtico cerrado con malla. Él empuja la vieja y pesada puerta de madera unas cuantas veces antes de que se abra.

—Sí —sostiene mirando a su alrededor—. Exactamente como ella la dejó.

—¿Quién? —pregunto.

—Tu hermana. Pensé que te gustaría tener su cabaña. Ella la arregló muy bien cuando estuvo aquí. ¿Ves? Incluso puso cortinas.

Miro un trozo de algodón desteñido con bordes deshilachados que cuelga sobre el vidrio sucio.

—¿Aquí es donde se quedó Sophie?

—Sí —confirma.

—Pero eso fue hace años. Ahora está en la universidad.

—¡El tiempo vuela! —afirma el tío Ruff—. Siéntete como en casa. Te traeré tus cosas más tarde.

La cabaña tiene aproximadamente el tamaño del cobertizo de nuestro jardín en casa. De las esquinas del techo cuelgan telarañas.

—¿Hay arañas aquí? —pregunto.

—Nah —niega el tío Ruff sin convencerme—. No es probable.

Entro con vacilación y observo a mi alrededor mientras el tío Ruff se aleja. Una cama individual con base de metal ocupa la mayor parte del espacio. Una silla de comedor de aspecto antiguo, con algunos libros apilados encima, sirve como mesita de noche. Me siento en la cama. La base cruje y el colchón suelta una nube de polvo. Una gruesa capa de mugre cubre todas las superficies. Miro los títulos de los libros en la silla: *El antiguo pino Huon*, *El Tarkine* y *La sombra del bosque*. Son exactamente el tipo de libros que a Sophie le gusta leer. Pienso en mi hermana mayor y siento una punzada de nostalgia. Si Sophie estuviera aquí, me dedicaría una de sus sonrisas torcidas y me diría que deje de ser una princesa. Es cierto. Mataría por una ducha caliente y un plato del pollo asado de mamá. Extraño mi dormitorio suave y alfombrado, con sábanas frescas, almohadas perfumadas con lavanda y un edredón esponjoso.

¿Cómo se supone que voy a aguantar seis semanas enteras de esto? ¿Seis semanas con un pariente extraño, una mascota extraña, sopa instantánea y una cabaña sucia? Tomo mi estuche de violín y hago lo que siempre hago: olvido todo lo demás y comienzo a tocar.

Mis dedos se sienten rígidos y torpes mientras avanzo por las escalas musicales. Estoy más cansada del viaje de lo que pensaba.

Lo siguiente que sé es que un olor espantoso me despierta. Debí haberme quedado dormida a causa del desfase horario. Miro a mi alrededor para orientarme; toma un tiempo antes de que mis ojos se adapten a la oscuridad. Alguien, supongo que fue el tío Ruff, puso una pesada colcha sobre mí. Veo que dejó mis bolsas junto a la cama. Pero no hay explicación para ese olor, es tan penetrante que casi puedo saborearlo. Me recuerda al olor de un zorrillo, aunque peor.

Entonces escucho un extraño ruido agudo... Tos, tos, aullido, aullido. Un sonido de animal que no he escuchado antes. Me escondo bajo la colcha, cierro los ojos y respiro por la boca, esperando volver a dormirme. Una cosa es segura: no pienso aventurarme en la espeluznante naturaleza nocturna para averiguar de dónde viene ese olor.



3

Las huellas del demonio

En la mañana, después de un tazón de cereal rancio, el tío Ruff dice que iremos al Eco Lodge para que pueda enviar un correo electrónico a casa. Está preocupado por Piggy. No está muy bien, me cuenta. Le cuesta respirar y no comió su desayuno.

—La dejaremos aquí. El viaje sería demasiado para ella.

Se acerca a su corral y la acaricia suavemente antes de que nos dirijamos hacia el *jeep*.

—Pensé que habías dicho que el Eco Lodge estaba justo al lado —digo mientras subo al auto del tío Ruff.

—No es lo mismo cuando se dice al lado en el bosque que al lado en la ciudad —añade mientras el viejo *jeep* se pone en marcha con dificultad.

Mi tío no estaba bromeando. El trayecto toma cuarenta y cinco minutos por carreteras sinuosas de grava.

—Deberías haber visto lo malo que solía ser antes de que nivelaran el camino —menciona el tío mientras me zarandeo en mi asiento. Apenas puedo imaginar cómo era antes. Me aferro firmemente al cinturón del *jeep*.

—Anoche me despertó un olor extraño —le digo al tío Ruff mientras seguimos dando saltos—. Era horrible, como a zorrillo, pero no exactamente igual. Realmente asqueroso.

Él se rasca la barba, pero no dice nada.

—¿Sabes qué era? —le insisto.

—Tal vez —pero no ofrece más información al respecto—. Mira, hemos llegado.

Giramos hacia un camino pavimentado. Un letrero dice:

EL ECO LODGE DEL NOROESTE:
ENTRE EL RÍO Y EL CIELO

Al bajarnos del *jeep*, un pequeño grupo de personas, la mayoría con cámaras alrededor del cuello y botas de senderismo, está parado en el estacionamiento. Una mujer les está hablando. Lleva un sombrero de ala ancha y se yergue con autoridad.

—Bienvenidos al Tarkine, tierra tradicional de la tribu del noroeste de los indígenas de Tasmania. El nombre aborigen para la zona es *takayna*, todo

en minúsculas. Durante aproximadamente treinta y cinco mil años, hasta finales del siglo XIX, el Tarkine fue hogar del pueblo Tarkiner. Los colonos europeos forzaron a la población aborigen a abandonar sus tierras en toda Tasmania, incluido aquí en el Tarkine. Hoy en día, la comunidad aborigen, descendiente de los primeros tasmanos, es la verdadera custodia de todas las tierras.

Los turistas en el estacionamiento asienten de manera solemne, con la mirada fija en la mujer que está hablando. El tío Ruff y yo también estamos de pie escuchando.

—El Tarkine es uno de los bosques lluviosos templados más grandes de la Tierra —prosigue—. Este vasto territorio de naturaleza salvaje incluye ríos sinuosos, cabos costeros, praderas de *buttongrass*, pinos Huon antiguos, eucaliptos gigantes y helechos verticales. Es el hogar de una abundante cantidad de aves y animales como cuoles, demonios, cisnes negros, walabíes, pademelones, wómbats, zarigüeyas, ornitorrincos y el águila de cola de cuña de Tasmania, en peligro de extinción.

Hace una pausa y observa a su audiencia.

—Pero, por desgracia, todo está bajo amenaza a causa de la industria humana, que pone en peligro su supervivencia. Sólo una pequeña área del

Tarkine está designada como parque nacional y es protegida. La tala y la minería son una amenaza real y continua en la región. Las excavadoras destruyen miles de años de compleja biodiversidad en un instante. Aquí, en el Eco Lodge del Noroeste, nuestra misión es ofrecer un turismo ecológico de bajo impacto para demostrar que la región puede generar una fuente de ingresos ambientalmente segura, que respete y preserve este bosque lluvioso único e irremplazable —la mujer se lleva las manos al pecho—. Los bosques antiguos ayudan a combatir el cambio climático. En nuestra actual crisis climática, protegerlos es imperativo.

Los turistas aplauden y se aglomeran alrededor de la mujer, haciéndole preguntas.

—Esa es mi mamá.

Me doy la vuelta para ver quién me habla en voz alta. Un chico de mi edad está parado muy cerca de mí. Tiene unos ojos grandes y flequillo castaño con aspecto plumoso que me recuerda a un búho que vi en un programa de televisión sobre la naturaleza. Sus ojos recorren mi cara antes de posarse sobre mi cabeza.

—Soy Colin —se presenta mientras toca su sien derecha con la punta de sus dedos—. ¿Quieres ver algunas huellas de demonio?

Doy un paso atrás.

—¿Qué son las huellas de demonio? —pregunto.

—Si vienes conmigo, puedo mostrártelas.

—No, espera. Necesito enviar un correo electrónico, estoy aquí con mi tío...

El tío Ruff le da un golpe a Colin en la espalda.

—¡Hola, amigo! Esta es mi sobrina, Lou.

—Louisa —lo corrijo.

—Claro, Louisa. Ella vino de Canadá.

Colin parece poco impresionado. Continúa tocando su sien.

—Sé quién es ella —afirma—. Mamá me dijo que vendrías hoy para usar el internet.

—Ve y mira las huellas primero —me dice el tío Ruff—. Nos encontramos aquí después. Mel ya habrá terminado con los excursionistas y podremos usar la computadora.

Colin nos guía en dirección al borde del estacionamiento y hacia el río. Lo sigo a lo largo de la orilla arenosa durante unos minutos.

—Mira aquí —señala Colin. Se agacha y observa la arena en la orilla del río—. ¿Ves? Aquí —su dedo sigue una serie de pequeñas huellas en la arena húmeda—. Son las huellas del demonio.

—¿Qué es exactamente un demonio? —le pregunto, inclinándome para echar un vistazo.

Las huellas están perfectamente formadas: almohadillas redondas con cuatro garras, más grandes que las de un gato, pero más pequeñas que las de un perro promedio.

—Para ser precisos, un demonio de Tasmania —responde Colin—. Pariente lejano del tigre de Tasmania. Se cree que los tigres de Tasmania están extintos.

Colin me mira con sus grandes ojos, estudiando mi reacción. Inclino la cabeza, sin estar segura de lo que espera que diga.

—Los demonios de Tasmania son marsupiales carnívoros —continúa, mirando nuevamente las huellas—. Tienen aproximadamente el tamaño de un Jack Russell terrier. Son conocidos por ser malhumorados, chillan y gruñen cuando se alimentan y se divierten. La población en esta área es saludable. Eso es bueno. Hay una enfermedad de tumores faciales que los está llevando a encontrarse en peligro de extinción.

Se pone de pie, aún mirando las huellas.

—También les gusta hacer bromas. Había uno cerca del Eco Lodge que robaba zapatos. Por eso vine al río para echar un vistazo. A veces cazan ranas y renacuajos aquí abajo.

—¿Robaba zapatos? —me asombro.

—Sí. Quién sabe por qué —Colin habla con voz monótona, así que no estoy segura de si bromea o lo dice en serio—. Como dije, les gusta jugar y divertirse. Son pequeños bromistas.

Miro hacia el río. El agua está completamente en calma y refleja el cielo azul pastel y las nubes esponjosas como un espejo. Escucho el grito solitario de un ave. Tal vez sea una de las águilas de cola de cuña que mencionó la mamá de Colin.

—¿Qué es eso de ahí? —señalo una masa de tierra en el medio del ancho río. Un acantilado de color arena se alza alto sobre la línea de árboles—. También lo veo desde nuestro campamento.

—¿No lo sabes? —me interroga.

Niego con la cabeza.

—Esa es Convict Rock. La gente dice que está embrujada.

—¿Embrujada? —levanto las cejas.

—Eso dicen, pero en realidad es una isla larga y delgada con nada más que rocas y cuevas. Hay una vieja historia sobre convictos que se fugaron y se escondieron allí. ¿Sabías que Tasmania fue una colonia de convictos? —me pregunta.

Asiento con la cabeza. Al menos esto sí lo sé.

—Para ser precisos, los británicos establecieron la isla como una colonia penitenciaria en 1803. Era

un lugar despiadado. En ese entonces lo llamaban Tierra de Van Diemen.

Colin me mira antes de continuar.

—La historia cuenta que dos convictos fugados se escondieron en Convict Rock y murieron de hambre. La gente dice que sus espíritus todavía rondan la roca —señala el río—. Eso evita que los turistas vayan allí.

Observo el vientre blanco como la leche de un águila mientras vuela en silencio sobre los acantilados rocosos de Convict Rock.

—Voy a regresar —anuncia Colin—. Seguro mamá ya terminó su charla —camina hacia el Eco Lodge—. Los excursionistas ya habrán comenzado las caminatas.

Me doy cuenta de que deja de golpear su sien.

—¿Sabías que tengo una calificación de cinco estrellas en TripAdvisor como guía de caminatas por el bosque?

Niego con la cabeza.

—Es verdad —afirma—. Para ser precisos, tengo cuarenta y tres calificaciones de cinco estrellas. Hay doce senderos diferentes disponibles desde el Eco Lodge y me los he aprendido de memoria. La distancia en kilómetros, el nivel de dificultad para

caminar y las diversas oportunidades para observar la flora y la fauna.

—Mmm... eso es genial.

Él se da la vuelta y avanza decididamente por la orilla del río, y yo lo sigo. A medida que cruzamos el estacionamiento, veo pequeños canguros saltando de aquí para allá, olfateando el suelo y mastigando. No parecen para nada tímidos. Uno de ellos nos mira expectante mientras pasamos.

—Pademelones —indica Colin—. El nombre “pademelon” es aborígen. A veces también se les llama walabí, liebre de anteojos. Son algunos de los macrópodos marsupiales más pequeños, la familia de marsupiales que incluye al canguro, al walabí, al walarú, etcétera. Los excursionistas los alimentan, aunque no deberían.

—Son tan lindos —observo cómo finalmente saltan fuera del estacionamiento y se adentran en el bosque—. Realmente sabes mucho sobre el bosque y los animales.

—A veces me pongo nervioso hablando con niños que no conozco —me dice y cambia abruptamente de tema. Colin tiene una franqueza que me desconcierta. Busco algo qué decir.

—No pareces nervioso —respondo finalmente.

—Bueno, tú eres diferente.

—Diferente, ¿cómo?

—Hablas raro. Tu acento es raro. No suenas como ninguno de los niños de mi escuela.

Llegamos a donde están el tío Ruff y la mamá de Colin, parados en la base de las escaleras que conducen al área de recepción del Eco Lodge. La mamá de Colin me tiende la mano para estrecharla.

—Soy Mel. Mucho gusto —se gira hacia Colin y luego nuevamente hacia mí con una expresión de disculpa—. Lamento si parece que mi hijo te está insultando —mira a Colin con el ceño fruncido—. Has escuchado todo tipo de acentos en el Eco Lodge, Colin. ¿Por qué llamarías “raro” al de Louisa?

—Raro en el buen sentido —dice Colin, mirando hacia el cielo—. Suena como si nunca pudiera decir cosas malas.

Mel le sonrío a su hijo con expresión triste.

—Y estoy segura de que no lo haría —murmura.

Colin sube las escaleras de un salto y Mel nos hace un gesto para que la sigamos hacia el área de recepción. El chico desaparece por una puerta sin decir una palabra.

—Le caes bien, Louisa —declara Mel con una sonrisa mientras observa cómo la puerta se cierra—.

Vamos, te muestro dónde puedes conectarte a internet —Mel inclina la cabeza y agrega—: Finalmente nos encontramos. ¡Eres la viva imagen de tu mamá!

Y luego me abraza.